

Presentación

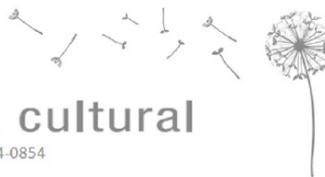
Con el nombre de Bocas de Ceniza es conocido, desde los tiempos de la conquista, el delta del río Grande o río de la Magdalena. Durante la cuaresma de 1501, Don Rodrigo de Bastidas contrastó el color cenizo de las aguas de este inmenso afluente con las azuladas y claras del mar Caribe. Desde ese entonces, ceniza y Magdalena son una dupla de ideas católicas sumamente complejas que asocian un territorio geográfico con un sino, relación que más parece un designio o devenir tortuoso para este sitio paradigmático: en la entrada y en la salida, la puerta del territorio que hoy llamamos Colombia.

Este poema corto, *Bocas de ceniza*, producto del azar o tal vez de la vehemente convicción católica de esos visitantes de antaño, es el nombre que acoge Juan Manuel Echavarría (Medellín, 1947) para, metafóricamente, llamar a uno de sus trabajos más contundentes. En la carátula de esta publicación podemos ver la fotografía fija de esta obra (2003-2004) que nos enseña, en una toma de video cerrada, el rostro de siete personajes en los que sus ojos y bocas son protagonistas. Cada uno de ellos toma su tiempo para rezar una canción y pasan alternados ante nosotros para entonar un *alabao*. Los mensajes, ciertamente dolorosos, no buscan más que comunicar la tragedia de su pueblo, de este pueblo que somos. Todos, campesinos con herencia africana, narran sus desdichas; sin embargo, en ningún caso se transluce en sus facciones un ápice de odio; por el contrario, un cierto halo de bienaventuranza envuelve cada figura.

En concordancia con la programación cultural diseñada desde el Departamento de Extensión Cultural para mayo, este número de la *Agenda Cultural, Alma Máter* presenta la obra de Echavarría como una obertura de un especial sobre la presencia de África en Colombia, un matiz marcado de esta Colombia multicolor, la tierra donde el tono ceniza melancólica se mezcla con el azul alegría, el paraje enigmático con vida de teatro, de cal y arena, tragicomedia impensada de gentes que buscan encontrarse.

herenciA es el nombre que decidimos dar a la conmemoración de la afrocolombianidad que en el mes de mayo hace eco de aquel 21 de mayo de 1851, cuando el gobierno





de José Hilario López decretó la abolición de la esclavitud en Colombia, y que para esta ocasión nos hemos propuesto no solo recordar –como es lógico bajo un plano conmemorativo–, sino más bien celebrar con una mirada atenta sobre las músicas, las comidas, las danzas, las costumbres, los ritos, las creencias y las artes de la Colombia afro. Una cultura grande e intensa como las aguas que recogen el territorio nacional, cultura que, debido a su inmensa riqueza, sería imposible abarcar en su totalidad, pero que con una muestra significativa de talento propio y ajeno, busca que la comunidad universitaria presencie y viva estas expresiones y las discusiones y reflexiones que se generarán en torno a ellas.

Alejandro Tobón, Germán Negrete-Andrade, María Mercedes Jaramillo, Ramiro Delgado, Santiago Andrés Gómez, Valentina Restrepo y Hernando Tejada son las voces que acompañan, cada una desde su saber y entender, la pregunta por el legado del viejo y sabio continente negro a la joven y beligerante Colombia. Aquí,

amigo lector, tiene usted un manojito de ideas expresadas en textos ensayísticos, literarios, fotográficos y de dibujo que encarnan rasgos identitarios fuertes de un país multicultural y pluriétnico, como lo enuncia la Carta de 1991, donde la diversidad de razas, creencias e ideales suponen una oportunidad y un terreno fértil para el entendimiento y el crecimiento de una nación de naciones.

Antes de terminar esta nota editorial, es importante reseñar que el énfasis puesto en la “A” de la palabra herencia, nos recuerda que la letra capital de África es la misma de la América a la que se entra por las *Bocas de Ceniza*; paradoja incesante, perenne.

En herencia esperamos contar con usted, porque todos somos África.

Oscar Roldán-Alzate
Jefe Departamento de Extensión Cultural

Decimos ‘adiós con la mano’ al Maestro Gabo

Gabriel García Márquez (Aracataca, Magdalena, Colombia, 1927- México D.F., México, 2014)

[...]

La protección final, que Aureliano empezaba a vislumbrar cuando se dejó confundir por el amor de Amaranta Úrsula, radicaba en que Melquíades no había ordenado los hechos en el tiempo convencional de los hombres, sino que concentró un siglo de episodios cotidianos, de modo que todos coexistieran en un instante. Fascinado por el hallazgo, Aureliano leyó en voz alta, sin saltos, las encíclicas cantadas que el propio Melquíades le hizo escuchar a Arcadio, y que eran en realidad las predicciones de su ejecución, y encontró anunciado el nacimiento de la mujer más bella del mundo que estaba subiendo al cielo en cuerpo y alma, y conoció el origen de dos gemelos póstumos que renunciaban a descifrar los pergaminos, no sólo por incapacidad e inconstancia, sino porque sus tentativas eran prematuras. En este punto, impaciente por conocer su propio origen, Aureliano dio un salto. Entonces empezó el viento, tibio, incipiente, lleno de voces del pasado, de murmullos de geranios antiguos, de suspiros de desengaños anteriores a las nostalgias más tenaces [...]

Gabriel García Márquez, *Cien años de soledad*, Madrid, Ediciones Cátedra, 1997, pp. 557-558.